

Louis-René des Forêts

Ostinato

HAY UN CLARO CONSENSO PARA CONSIDERAR A *OSTINATO*, la obra maestra de Louis-René des Forêts, como uno de los libros capitales de la segunda mitad del siglo XX francés. Recreación fragmentaria de una vida, la naturaleza profunda de *Ostinato* se impone a través de una escritura animada por una enorme libertad de asociación, donde el acto mismo de escribir es quien pareciera disponer la ruta del relato. Un camino que se desvía constantemente, como si no llegar fuese su destino íntimo, como si cada uno de los fragmentos que lo componen fuese el punto mismo de llegada. Una prosa de cláusulas que se alargan con la plasticidad de la música y consiguen un ritmo cercano al encantamiento, un núcleo narrativo que parte de la infancia y en el que memoria e invención avanzan de la mano.

Louis-René des Forêts participó activamente en la Resistencia francesa y fue uno de los miembros fundadores de *L'Éphémère*, una de las revistas literarias de mayor influencia en la vida literaria parisina del siglo pasado. En español es posible conseguir su novela *El hablador* (*Aldus*) traducida por Fabienne Bradu y, más recientemente, un hermoso libro póstumo: *Paso a paso hasta el último*, en traducción de Silvio Mattoni para la editorial argentina El cuenco de plata. “El poder de la revelación de la obra de Louis-René des Forêts —afirma Maurice Blanchot— está unido a esa coacción que el autor sufrió para escribirla, donde algo imposible ha venido a él y que nosotros acogemos en ocasiones como una llamada exigente y obligatoria, pero a veces también (ahí está el misterio y el escándalo de su escritura) como el advenimiento de una alegría, la afirmación de una dicha desolada y arrebatadora.”

Ostinato

[Fragmentos]

El gris plata de la mañana, la arquitectura de los árboles perdidos en la urdimbre de sus hojas.

El recorrido del sol, su apogeo, su ocaso triunfal.

La furia de las tempestades, la lluvia cálida que salta de piedra en piedra y perfuma las praderas.

La risa de los niños que brincan sobre la paja o juegan de noche alrededor de una vela a mantener su palma abierta el mayor tiempo sobre la llama.

Los crujidos nocturnos del miedo.

El sabor de las moras cortadas en los arbustos donde uno se esconde y que se deshacen en negro jugo por las comisuras de los labios.

Las caricias penetrantes que deleitan la infancia sin herir su candor.

El rigor monástico, las ceremonias agobiantes que las bocas habituadas a los vocablos latinos envuelven en la exultación de las liturgias para celebrar la formidable ausencia del amo soberano.

Los grandes juegos que se dicen inocentes donde los cuerpos ruedan en el polvo con turbador placer. Las pruebas del joven orgullo estremecido ante el insulto y las burlas.

El bello estío que mantiene inmóviles a las bestias y al adolescente como un vagabundo adormecido sobre la piedra.

La piadosa mentira filial para aquella cuyo corazón vive sólo de inquietud.

El vino pesado de la melancolía, el primer brote del dolor, la astilla del arrepentimiento.

Las fiestas íntimas de una amistad prendada por el mismo lenguaje, la caminata juntos por el sendero de los estanques donde cada uno suspende su paso con los rumores amorosos de los pájaros.

La falsa guerra en las cavernas y la nieve de la Lorena. El desastre público sancionado por la ignorancia, el envilecimiento, las aberraciones del espíritu, las discordias, todos los decretos y los despojos que preparan para los grandes trabajos de la muerte.

La espera del alba, la embriaguez de tener miedo, los riesgos corridos en los claros del bosque al atravesarlos con una zancada anhelante.

La muchacha colgada de la campana como un rosal en el esplendor de su vestido nupcial, el fuego azul de sus pupilas.

El grito maravillado de los alumbramientos. La risueña turbulencia de las crías que se despiertan y se abandonan al vértigo todavía inaudito de la lengua.

El rayo asesino.

La niña tan bella en el calor blanco.

El tiempo que los separa cruelmente sin debilitar el sufrimiento.

Las noches sin conciliar el sueño, la palabra perdida, su sedimento amargo. Las páginas atadas por cordeles como despojarse de un hábito impuro.

Todo lo que no puede decirse sino por medio del silencio, y la música, esta música de violines y de voces venidas de tan alto que uno olvida que no son eternas.

Hay lo que nadie ha visto ni conocido salvo aquel que busca en el tormento de las palabras traducir el secreto que su memoria le niega.

*

Aquí sólo están las figuras del azar a manera de huellas, huyentes líneas de vida, falsos reflejos y signos dudosos que la lengua en busca de una morada ha inscrito como por fraude y desde afuera, sin probarlos y sin cavar a fondo, tallando en el cuerpo oscurecido de la memoria la parte más elemental —colores, olores, rumores—, todo aquello que respira a cielo abierto en la verdad de una fábula y teme a las profundidades.

*

Niño pequeño en camisa, lloriqueando en una silla de hierro, tragando, moqueando, con su boca toda blanca de papilla, contrariado por el hermano mayor que muerde con avidez una gruesa rebanada de pan.

La chaqueta del padre, su piel áspera contra la nariz respingada, su perfume fiero y delicado, su color óxido más brillante que la vieja pijama del compañero de juegos y de cama.

Sometido a la humillante autoridad de las sirvientas afanadas en torno a la tina que sacaron al jardín, desvestido sin consideración, alzado del piso, sumergido, rojo de rabia, el cráneo cubierto de jabón que le pica los ojos con su agrio veneno, los puños en las mejillas, los pies hacia el cielo donde arde el sol entre el vapor como una rosa.

El terror que asciende de su sombra perfilada sobre el papel tapiz lo lanza sin desvestirse hacia el lecho-jaula que trepa de un salto para acostarse luego de persignarse tres veces, los ojos muy abiertos como un muerto en su mortaja.

Orejas coloradas, pantalón de terciopelo roto sobre la palidez de las rodillas, lo llevan de la mano hasta el salón donde las damas acicaladas se atragantan de risa y de té mientras que sus suaves dedos cosquillosos le hacen tontamente retorcerse.

Tiesa en su corpiño y sus faldas, la vieja señorita de cabellera trigueña, de rostro árido como un libro, de mirada regañona tras los anteojos violetas. Vocabulario en mano, lentamente se pone en camino. Dos pasos adelante, un paso para atrás. Con mucho trabajo se abre un camino entre la maleza de las primeras enseñanzas para desembocar pagando con lágrimas en un jardín dibujado con arte tan perfecto que quien llega ahí está obligado a respetar la disposición secular.

Pequeño ladrón de peras, para consolarse de un trato sin honor, jugando con el perro en el desván y hablándole muy quedo a la oreja volteada como un guante.

Cabalgata de chiquillos en pantalones cortos, arremangados sobre las piernas terregosas, mochilas a la espalda, jornaleros benévolos y a veces por unos centavos, orgullosos como príncipes genuinos escoltando un séquito real. Golpes sordos de barricadas acarreadas a través de los campos hasta el batiente abierto de la bodega tallada en suave pendiente sobre la roca, semejante a la cala de un barco donde humea el fango color vino bajo el molino de los pies descalzos. Los más ágiles encaramados sobre el gigantesco borde de madera saborean el espectáculo esférico de esos trabajadores de las tinieblas entrechocando hombro con hombro bajo el resplandor anaranjado de una lámpara.

Al caer la noche un olor fuerte y dulce enriquece los rostros con una alegría divina. Bajo la bóveda se entonan cantinelas escabrosas. Es la hora de reunir a los niños ya modorros que rezongan por costumbre.

El viento sobre la más alta línea de las mareas donde ruedan como pastillas los grises guijarros jaspeados de malva, el viento soberano, su frío sabor, su soplo fogoso que vivifica hasta los huesos del cráneo y las rodillas del niño que se aparta, seducido por el encanto del mar.

*

En el primer día de vacaciones, corriendo por la playa bajo las grandes nubes de verano para lanzarse de golpe en el alcohol chispeante y salado, surcando el talud de las olas, riendo como locos sobre sus lomos que se inflan y estallan en pedazos, encallando en su orilla para rodar en la fría suavidad de la espuma, los miembros al rojo blanco como el hierro al fuego.

Rey de las praderas con camisa de marinero y sandalias, a horcajadas en la cresta del muro hortelano, los brazos en canasta alrededor del libro abierto sobre los muslos, para soñar historias feroces, grandes hazañas y aventuras en la pampa, tan absorto en su lectura y dominado por ella que siente el viento del oeste atravesarle la boca y su cintura alzarse como de una montura al galope.

A la sombra del pabellón repleto de rosas, vieja dama bonachona disfrazada con un alto sombrero moka, la abuela reparte golosinas y caricias a los niños que no oye. Hace mucho que los pájaros de primavera ya no cantan en su jardín. Sus mejillas tienen la transparencia de la sal, y sus ojos pequeños bajo el pliegue del párpado la bondad temerosa de un animal abandonado.

El vocabulario cómplice mediante el cual se designan los lugares naturales, los olores estrafalarios, los objetos familiares, como la gesta bárbara en la que uno se hace regañar en un parloteo sin ton ni son por personajes imaginarios de maneras altivas, de intrigas tenebrosas, engalanados con soberbios atavíos, provistos de altos grados y de prestigiosos títulos nobiliarios —hasta lo más fuerte de la exaltación lúdica en la que cada niño se afana en proferir palabras groseras que hacen a todos doblarse de risa ante los ojos impávidos de los padres a los que un prudente olvido del pasado excluye de este teatro de locura en el que ya es hora de cerrar el telón para mandar a la cama a esos príncipes seráficos con boca de carretoneros.

Versión de Jorge Esquinca